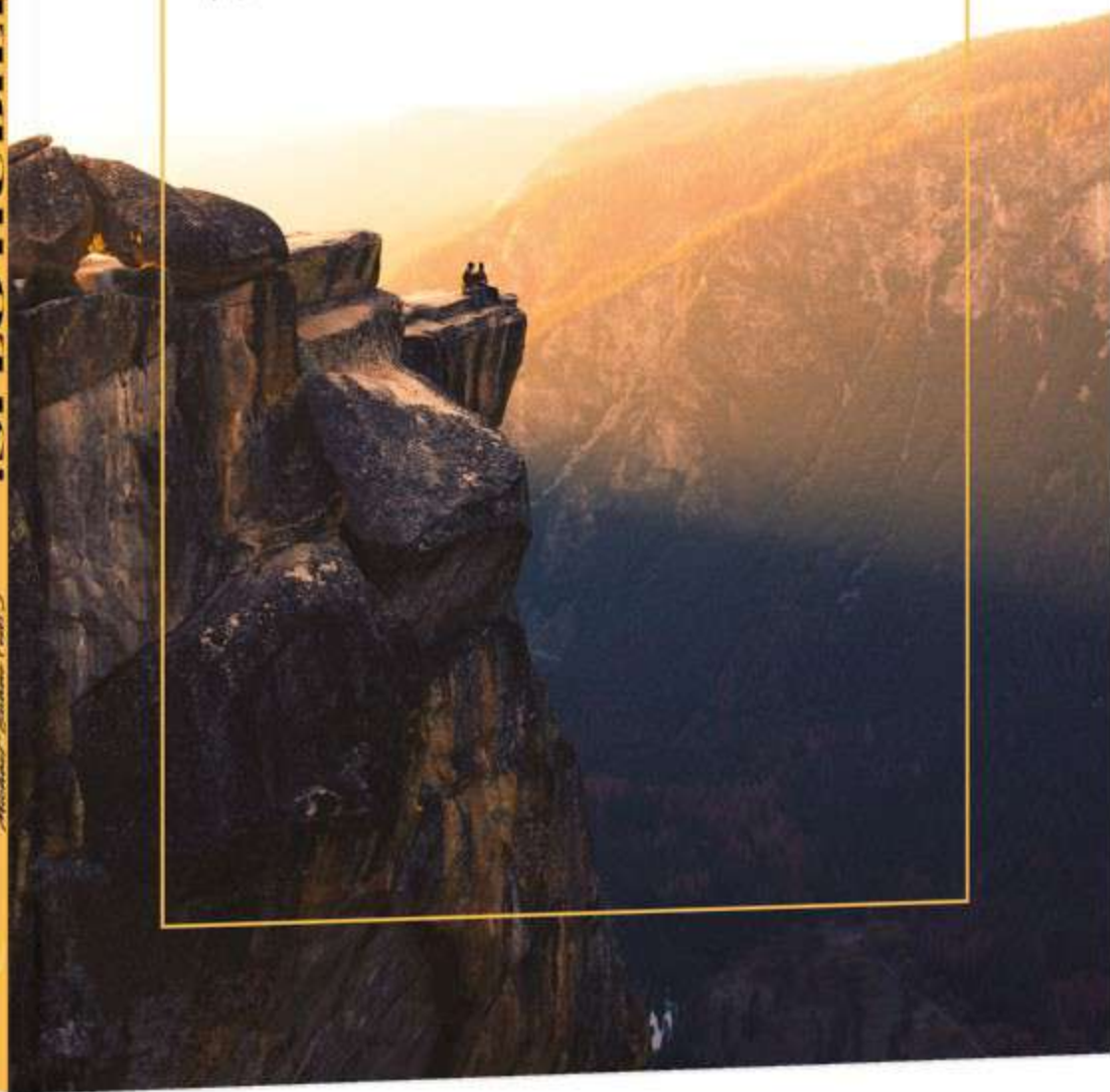


¿SI LO HUBIERA SABIDO ANTES... !

*Wolfgang Bühne &
Michael Bühne (eds.)*

¿SI LO HUBIERA SABIDO ANTES... !

Wolfgang Bühne &
Michael Bühne (eds.)



**Hätte ich es doch früher gewusst ...! -
spanisch
Wolfgang Bühne & Michael Bühne (Hrsg.)**

Taschenbuch, 96 Seiten
Artikel-Nr.: 256414
ISBN / EAN: 978-3-86699-414-0

Haben Sie sich schon einmal gewünscht, die Zeit zurückdrehen zu können? Sie haben eine schlechte Entscheidung getroffen oder eine gute Entscheidung nicht getroffen. Nachträglich sehen Sie, was der Grund für die Fehlentscheidung war. Sie denken sich: »Hätte ich es doch früher gewusst ...!« Die Menschen in diesem Buch haben Fehlentscheidungen getroffen, sind Umwege gelaufen, haben sich verrannt und kamen schließlich an den Punkt, an dem eine Entscheidung getroffen werden musste, die das ganze restliche Leben beeinflussen würde – und ...

Wenn Sie ein "echtes" Buch bevorzugen oder diesen Artikel verschenken möchten, können Sie diesen Download-Artikel ggf. auch käuflich erwerben, solange verfügbar.

Besuchen Sie für weitere Informationen bitte folgende Seite: www.clv.de

¡SI LO HUBIERA SABIDO ANTES... !

*Wolfgang Bühne &
Michael Bühne (eds.)*

clv

Christliche Literatur-Verbreitung e. V.
Ravensberger Bleiche 6 · 33649 Bielefeld

Primera Edición 2020 (CLV)

© 2020 por la editorial CLV

Ravensberger Bleiche 6

33649 Bielefeld

Alemania

Internet: www.clv.de

Edición: Wolfgang Bühne / Michael Bühne

Lectorado: Elisabet Ingold-González / Jorge Luis Rodríguez Acosta

Tipografía y portada: Anne Caspari

Impreso por CPI books GmbH, Leck

256414

ISBN 978-3-86699-414-0

ÍNDICE

Walter Lopez
**DE UN PREDICADOR DE CINCO
MINUTOS** _____ **4**

Alberto y Anita
**DE UNA PAREJA ENTRE VIDEOS,
LIBROS Y POLLOS** _____ **16**

Florencio
**DE UN HOMBRE,
QUE NO SABÍA LEER** _____ **30**

Jorge Luis
DE LUCHAS, LÁGRIMAS Y LIBROS _____ **44**

Omar
**DE UN ESCÉPTICO,
QUE APRENDE A CONFIAR** _____ **66**

UNO DE ENTRE 570 MILLONES... _____ **86**



**DE UN
PREDI-
CADOR
DE CINCO
MINUTOS**

*La historia de
Watter Lopez*

«¡NO VENDAS LOS CABALLOS!»

Me crié en Honduras, una pequeña república bananera de Centroamérica. Mi familia era católica y muy pobre. Yo tenía 6 años cuando mi padre abandonó nuestra familia para no regresar nunca más. Era alcohólico y ya en vida de mi abuelo había heredado una gran hacienda.

El abuelo le había dado el serio consejo de no vender los caballos de ninguna manera, porque en caso de emergencia con ellos hubiera sido posible fundar una nueva existencia. Pero al cabo de tres años ya no quedaba nada de la herencia y los caballos también los había vendido. El dinero lo había gastado en la bebida. ¡A partir de ese momento yo odiaba el alcohol!

Mi padre nos dejó en una gran miseria. A penas teníamos para comer y vestirnos y nuestra choza sólo tenía una cama, donde dormía nuestra madre. Los tres hijos dormíamos en el suelo de barro.

Nuestra vida cambió cuando un día vino al pueblo el temido hermano de mi madre. Lorenzo era un asesino profesional de mala fama. «*¡Ahí viene el diablo!*», gritaba la gente horrorizada cuando le veían. Se santiguaban, corrían dentro de sus casas y cerraban las puertas y echaban el

cerrojo. Pero esta vez no vino con la pistola en la mano, sino con una Biblia en una mano y una linterna en la otra. Y por la tarde iba de casa en casa para hablar de la Biblia con la gente. Los habitantes del pueblo estaban muy desconcertados: *«Es del diablo, pero ya no bebe ni mata y habla de Jesús. ¿Qué le ha pasado a éste?»* Bueno, mi tío se había convertido y su cambio era tan evidente que la gente tomaba en serio su testimonio. En aquel entonces mi madre aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador.

UNA CARRERA COMO PREDICADOR DE CINCO MINUTOS

Con 12 años abandoné mi familia, para aliviar a mi madre. Entonces me juré no volver jamás a esta pobreza, sino ganar mucho dinero para sacar a mi familia de la miseria.

No fue fácil encontrar trabajo, pero finalmente encontré un empleo en una empresa platanera. Cuatro años después, mi madre fue a recogerme. Mi condición para volver con ella fue ésta: *«Si me obligas a ir contigo a la iglesia, me voy otra vez a trabajar en la empresa.»*

Resulta que a la iglesia sólo asistía gente muy mayor y cuatro chicas – que todas ellas eran mis primas.

Un día me invitó un pastor bautista a su iglesia en las cercanías, a la que pertenecían también algunos norteamericanos. «*La presencia de gringos encierra la posibilidad de obtener un trabajo*», pensé, y efectivamente, me dieron un trabajo donde tenía que conducir un tractor y hacer diferentes reparaciones. Para dar una buena impresión, pensé que era oportuno levantar la mano, cuando cierto día se hizo una invitación para convertirse al Señor.

Poco tiempo después, llevaron a cabo una evangelización en nuestra localidad. El predicador me preguntó:

«*¿Puedes contar, cómo recibiste al Señor?*»

«*No.*»

«*Entonces prepárate para ello.*»

Ahora me entró pánico. Yo no era creyente y la Biblia sólo la llevaba a la iglesia para aparentar algo. Para no dar mala nota y perder por ello mis buenas aldabas, rebusqué por toda la biblioteca de la iglesia bautista, para informarme. Allí descubrí libros del predicador Murray M'Cheyne¹ que me gustaron.

1 Robert Murray M'Cheyne (1813-1843): Ministro en la Iglesia de Escocia.

TODO ERA ROBADO

En el tiempo que siguió robé dos de esos libros con sermones, para aprender de memoria pasajes de esos mensajes. También memoricé poesías, y pronto tuvo lugar mi primera actuación con un corto mensaje que gustó y halló aprobación. Así que me invitaron a predicar más veces.

Claro, mis «sermones» nunca duraban más de 5 o 10 minutos, porque no era nada fácil aprenderse siempre nuevos sermones de memoria, sin comprender el contenido. A veces casi me arrastraban al púlpito en contra de mi voluntad. De esta manera a los 16 años me convertí en el llamado «predicador de los cinco minutos», con una popularidad creciente; quizás precisamente por eso, porque mis «mensajes» eran tan cortos.

Unos meses después, los bautistas me enviaron a una reunión dándome una camisa blanca y una corbata para este fin.

No sé cómo, pero allí vino a mis manos una revista donde invitaban a un campamento de jóvenes. A mí me interesaban sobre todo las chicas, así que asistí a ese campamento y entré en contacto con la iglesia de aquel lugar.

También pude engañar a los gringos de allí con mi teatro, y ellos se encargaron de que yo fuese bautizado y recibido en la iglesia.

El primer domingo en seguida di mi primer «mensaje de cinco minutos» tan versado y libre como de costumbre y aparentemente no hice mal papel y les gustó.

Allí utilicé el libro de Jorge Müller² sobre la oración, que había robado de los bautistas primeros. También memoricé pasajes de este libro, para ampliar mi repertorio y poder intervenir en los cultos de oración.

Secretamente tenía contacto también con otras iglesias de la vecindad, y a todas les encantaba mi verborrea. Así en poco tiempo a los bautistas me hice un bautista, a los metodistas un metodista, y a los «hermanos» un «hermano», hasta que finalmente un día salió a la luz el fraude y terminó rápidamente mi carrera como joven «predicador de los cinco minutos».

2 *Jorge Müller (1805-1898)*: Predicador y misionero inglés, destacado sobre todo por su obra en favor de huérfanos.

DINERO Y MUJERES

Después de haberme hecho abominable donde los creyentes, intenté concentrarme más en avanzar profesionalmente.

Efectivamente, logré llegar a ser director adjunto de una empresa platanera. Ahora había llegado a mi meta: ganaba suficiente dinero; y como no fumaba ni bebía, me sobraba suficiente, de modo que pude entrar en relaciones nefandas con varias mujeres. Durante los veinte años que siguieron no tuve ningún contacto con una iglesia.

En los años que siguieron asenté una lechería con tres asociados, y también comencé con la cría de ganado, lo cual es un alto riesgo en Honduras. Para eliminar a contrincantes incómodos no era nada extraño contratar a grupos de sicarios para liquidar a estas personas.

Eso costaba en esos días entre 250 a 500 Euros por persona. ¡Tan poco valía una vida en nuestras latitudes! La pistola era mi compañera constante y yo poseía además otras armas modernas que usaba - ¡y no sólo para defenderme!

Sin estar casado con ella, finalmente viví durante 23 años con Tomasa, que desde algunos años iba los domingos a una iglesia. La había conocido en la empresa platanera.

Pero junto a ella tenía varias otras relaciones y nueve hijos de tres mujeres diferentes, que tenía que alimentar. Como es lógico, estas circunstancias eran para Tomasa un motivo de gran sufrimiento, pues ella ya tenía una relación personal con su Salvador Jesucristo y llevaba años orando por mí. Muchas veces me había pedido que legalizáramos nuestra relación ilícita casándonos como es debido. Incluso me propuso redactar un contrato de matrimonio en el que ella renunciaba a posibles reivindicaciones financieras o exigencias de bienes.

Pero eso de limitar mi «libertad» mediante un matrimonio era algo impensable para mí. A pesar de que mi vida decía lo contrario, yo acallaba mi conciencia embaucándome que yo era «cristiano», habiendo levantado mi mano cuando fue el llamamiento para recibir a Cristo hace tantos años.

¡EN VEZ DE UN NUEVO PAPEL, UNA NUEVA VIDA!

Un día (- de esto hace siete años -) me desperté a las cuatro de la mañana en un coche completamente demolido, y en ese mismo momento, espantado supe ciertísimamente que yo era un pecador perdido.

Yo había estado andando por ahí y se había hecho muy tarde cuando mi coche derrapó y se quedó enganchado en un bache. Esa noche me di cuenta que Dios me estaba buscando. Con toda nitidez vi delante de mí, no sólo mi coche destruido, sino sobre todo mi vida arruinada y la estela de sangre y lágrimas que había dejado. Sabía que Dios tenía que juzgar y condenarme.

Pero lo que yo no sospechaba es que Tomasa en aquella noche no había podido dormir y había estado orando por mí. Su aflicción por nuestra relación había aumentado de tal manera que esa tarde había decidido abandonarme, para obedecer a Dios. Pero cuando después de este accidente llegué a casa temprano esa mañana, pensativo, sucio y con la ropa rota, no tuvo el valor de poner por obra su decisión. Eché mano de mi bolsa y me despedí de Tomasa explicando que quería arreglar mi vida.

Tres días estuve a solas y en ese tiempo Dios me convenció de mis pecados. Me arrepentí de mi vida impía y Dios me dio la fe para creer en el Señor Jesucristo quien pagó mi culpa tan grande por mí en la cruz. A partir de ese momento odié el pecado y tuve la determinación de cortar con todas las costumbres y relaciones malvadas.

Cuando regresé a casa, a mi mujer ilegal y le expliqué que quería casarme con ella y que hasta la boda oficial no podía tener contacto con ella, se quedó atónita. «*Este cuerpo ya no es mío, es ahora de Dios,*» le dije señalando a mi cuerpo, «*y de las pistolas también me he desprendido.*»

Después les llegó el momento a los videos y las fotos; pues yo tenía cantidad de videos sucios que había grabado con mis historias como mujeriego. Eché todos los videos en un montón para quemarlos, pero no fue tan fácil como yo me lo imaginaba, porque no ardían. Así que tuve que echarlos uno por uno al fuego, para destruirlos.

Estoy muy agradecido a Dios de que me pude separar materialmente de estos videos, pero sobre todo de que Dios me ha liberado también de los recuerdos sucios.

Lo que no fue tan fácil fue terminar las relaciones con las otras mujeres que eran las madres de mis hijos. Las visité rechazando toda tentativa de acercarse a mí de forma sensual, oré con cada una de ellas confesando que yo ahora era creyente. Prometí seguir cuidando de los hijos, pero les dije que por lo demás yo no tendría contacto con ellas.

Después de casarnos, Tomasa estuvo dispuesta a recibir a algunos de los niños de las otras

relaciones, y estoy muy agradecido de que ya 5 de los 9 hijos han creído en el Señor Jesucristo.

Dejé la lechería y también disolví la cría de ganado, para poder participar en una escuela bíblica. Es lógico que al principio los creyentes tuvieran sus dudas en cuanto a mí, pensando que quizá estaba jugando otra vez un nuevo papel religioso.

Pero ya ha aumentado su confianza y puedo colaborar tanto en lo práctico como en lo espiritual.

En cuanto al futuro, Tomasa y yo estamos dispuestos a salir para Nicaragua como misioneros o a trabajar entre los Garífuna, un pueblo de origen africano en la provincia de Mosquitia. Esta región de Honduras y Nicaragua, casi incomunicada, está caracterizada por el narcotráfico y la criminalidad.

Actualmente tengo 52 años. Jamás quiero volver a mi vida de pecado y mediocridad.

Nota del editor: Los planes de Walter Lopez y su esposa no se realizaron, puesto que el Señor llamó a Walter a Su presencia en el 2008.



**DE UNA
PAREJA
ENTRE
VIDEOS,
LIBROS Y
POLLOS**

*La historia de
Alberto y Anita*

«QUERÍA SER MONJA»

Cuenta Alberto: Yo soy de la ciudad de Riobamba, Ecuador. Mis padres son indígenas; tengo cuatro hermanos más. Me criaron en la religión católica. Incluso me obligaron a hacer la primera comunión. En preparación para la primera comunión siempre me despertaron a las dos de la mañana para ir a la iglesia para orar ahí de rodillas hasta las seis de la mañana. En realidad, sólo por obligación lo hacía y de malas ganas. Salí de mi casa a los nueve años; llegué a la ciudad de Guayaquil³ y viví y trabajé ahí hasta los 20 años. Luego llegué a Quito⁴ y estudié en un colegio y trabajé también ahí. Vivía en el barrio San Roque, un barrio muy peligroso.

A los 21 años conocí a la que ahora es mi esposa, Anita. La conocí en el trabajo. Pasó un mes hasta que nos hicimos amigos. Y siendo amigos yo le propuse que fuéramos enamorados. Esperamos como 3 meses y entonces ella me aceptó como su enamorado. Pensábamos que siendo enamorados no era bueno seguir trabajando los dos en el mismo lugar. Por eso finalmente decidí salir de este trabajo.

3 *Guayaquil:* Capital de la provincia Guayas, Ecuador.

4 *Quito:* Capital de Ecuador.

Salí para buscar otro trabajo. Después de haber salido del trabajo yo le propuse el matrimonio. Pero ella me contestó que no quería saber nada de mí. Por esta razón nos distanciamos como por unos 5 años. Encontré luego un trabajo en el ejército y comencé entonces a trabajar en un cuartel. Cuando estaba trabajando en el ejército, nuevamente empecé a contactar con Anita. Le observaba cada día cuando estaba saliendo de su trabajo. Poco a poco empezamos de nuevo a relacionarnos. Teniendo yo 27 años por fin nos casamos.

Cuenta Anita: Nos casamos por la iglesia católica como buenos católicos, siguiendo la tradición de nuestros padres. Mis padres me habían enseñado a temer a Dios, pero a un Dios desconocido. Mis seis hermanos hasta hoy son católicos.

Yo estudiaba en un colegio católico y ahí me enseñaron más la religión católica, pero en realidad no me hablaron de un Salvador vivo y real. Siempre pensaba que estaba haciendo bien las cosas tanto para Dios como para los hombres. Incluso yo quería ser monja, pero mi padre no lo quería. En esa época mi padre trabajaba en una hacienda cuya dueña mantenía estrechas relaciones con monjes y monjas. Ella siempre enviaba víveres a los conventos y el trabajo de mi padre era entregarlos. De

esta manera mi padre conoció muchos detalles de la vida interna de los conventos y de los monjes. Conociendo de esta manera mucha corrupción que había dentro de estos conventos, mi padre no quería que yo fuera una monja.

Así que después de haber terminado el colegio salí a trabajar. Tenía yo, así se puede decir, una mente muy estricta, quería siempre hacer las cosas de la mejor manera. Trabajé entonces en varios lugares hasta el día en que me casé.

«TRABAJÁBAMOS DE DOMINGO A DOMINGO»

Cuenta Alberto: Después de habernos casado Anita quiso seguir trabajando. Pero yo no quería esto, más bien le dije: «*Si quieres trabajar te lo voy a conseguir.*» Así que me fui a Guayaquil para comprar mercadería (ropas) y la traje a Quito. Anita encontró luego un pequeño cuarto que convirtió en una pequeña tienda. Yo en cambio seguía trabajando en el ejército.

Pasados aproximadamente seis meses, una vecina nos avisó de un local con una videoteca que estaba en venta. Debido a que teníamos siempre la ambición de hacer dinero y más dinero, decidimos

comprar esta videoteca. Y, de hecho, este negocio era muy próspero, porque todo el mundo alquilaba videos.

Cuenta Anita: Hasta entonces sólo yo trabajaba en la videoteca. Pero en vista de algunos robos que sufrimos y que Alberto ganaba poco en el ejército en comparación a lo que yo ganaba en la videoteca, prácticamente le obligué que renunciara a su trabajo. Así que Alberto dejó su trabajo en el ejército y desde entonces los dos trabajamos en nuestra videoteca.

Mientras más dinero ganábamos, más dinero queríamos. Trabajábamos de domingo a domingo. Pero empezaron los problemas entre nosotros como pareja hasta que llegamos prácticamente al punto del divorcio.

«QUIERO HABLARLE DE UN AMIGO QUE LE AMA MUCHO»

Cuenta Alberto: Se puede decir que entre nosotros dos nos habíamos declarado la guerra. Un día, después de haber discutido otra vez con Anita salí enojado de la casa y para calmarme un poco me fui a pagar los impuestos porque era el último día del

mes. Además, era el día del cumpleaños de mi esposa. Cuando llegué a la oficina donde se pagaban los impuestos resultó que estaba cerrada. Otra vez enojado iba a regresar a mi casa. De paso vi una librería que se llamaba Emaús. Varias veces había visto antes esta librería, pero pensaba que era una librería católica. No puedo explicarlo, pero ese día esta librería me llamó la atención. Así que entré en ella. Un gringuito estaba atendiendo y me preguntó:

«¿En qué le puedo ayudar?»

«En nada, sólo estoy viendo.»

«Véalo no más, y después me avisa.»

En realidad, yo no sabía qué estaba buscando. El gringuito me preguntó:

«¿Usted es evangélico?»

«No, pero ¿qué es eso?»

En este momento me acordé de las malas experiencias que yo había tenido antes con los evangélicos. Prácticamente me desahogué frente de este gringuito contándole el mal testimonio que ellos me habían dado. En vez de hacerme ellos conocer a Dios, vi que estaban fumando, jugando naipes y se conducían peor que un impío.

Después de haberme escuchado, el gringuito puso su mano sobre mi hombro y dijo: «Tiene toda razón. ¿Quiere sentarse?» Empezó a abrir su Biblia

y me indicó varios versículos. «*Siento vergüenza por lo que usted acaba de contarme.*», dijo él, «*pero no quiero hablarle de una religión, sino de un amigo que le ama mucho.*» Así empezó a contarme con la Biblia en la mano lo que Cristo había hecho por mí. Todavía no tomé ninguna decisión por Cristo. Después el gringuito preguntó por mi nombre. En realidad, desde ese momento nos hicimos amigos y sentí un gran alivio en mi corazón.

Entonces le dije que este día era un día muy especial, porque era el día del cumpleaños de mi esposa. Le pregunté:

«*¿Qué me recomendarías como regalo para mi esposa?*»

«*Regálale una Biblia.*»

«*Pero quiero también regalarle alguna música.*»

«*Pero ¿qué música le gusta a tu esposa?*»

«*Le gusta música baladas y romántica también.*»

Ahí me dio un casete con alabanzas. Y así me fui a la casa.

«¡NO ME HABLES DE RELIGIÓN!»

Cuenta Anita: En ese día de mis cumpleaños Alberto llegó muy tarde a la casa, más de lo normal.

Pero me había aguantado porque esperaba que me trajera un buen regalo. Después de haberme entregado una flor me dio un pequeño paquete. Yo pensaba que en este habría joyas. Pero cuando lo abrí, ¡qué decepción al ver que era una Biblia! En realidad, me dio ganas de tirarla a la basura. Pero se puede decir que inconscientemente no lo hice.

Entonces Alberto empezó a contarme de este gringuito que había conocido en la librería. Pero ahí me enojé aún más recordando tantos malos testimonios que yo había visto en los llamados evangélicos. *«No me hables de religión, no quiero saber nada de los evangélicos, pues ellos viven peor que yo. Yo vivo bien, llevo una vida ordenada y correcta. Así que no quiero saber nada de todo eso.»*

En las siguientes semanas Alberto seguía yéndose a la librería Emaús y trajo cursos bíblicos por correspondencia, entre ellos uno con el título: «El camino de Dios al cielo». Este despertó mi curiosidad y empecé a estudiarlo sin que Alberto lo supiera. Incluso empecé a leer la Biblia, pero no la que él me había regalado, sino otra.

Mientras tanto Alberto se había enterado de que yo estaba estudiando el curso bíblico. Después de terminarlo él me ofreció llevarlo a la librería para que fuera calificado. Saqué una calificación 100

sobre 100. En las siguientes semanas Alberto me trajo más cursos y yo los estudié todos. Siempre sacaba buenas calificaciones. Cada vez que Alberto regresaba con nuevos cursos de la librería me decía que el gringuito me quería conocer. «*Alberto, cierto es que estoy estudiando estos cursos porque me interesan. Pero no quiero cambiarme de religión.*»

Un día Alberto me trajo un video titulado «El catolicismo – una fe en crisis» Viendo este video que refutaba la fe católica me enojé mucho porque todavía tenía en alta estima a las monjas. Incluso ya no quise saber nada de los cursos bíblicos. Pero no obstante Alberto seguía trayendo los cursos bíblicos. Por fin, un día nos fuimos Alberto y yo juntos a la librería.

El gringuito, Patricio se llama, se emocionó al verme, me saludó con mi nombre y me dio la bienvenida. Pero apenas que él me había saludado, empecé a desahogarme, acusándole duramente de todos los males que yo había visto en los llamados evangélicos. Cuando terminé de hablar, Patricio me preguntó:

«*¿Ya terminaste?*»

«*Anita, tienes toda razón de todo lo que dijiste.*»

Sacando unas tarjetas evangelísticas me dijo:

«*¿Puedo explicarte algo?*»

«A mí no me tienes que predicar. Yo soy una persona buena y recta. Ustedes deberían ir a predicar a las prostitutas y a esta mala gente, pero no a mí porque soy una buena persona.»

Luego me presentó las tarjetas. En cada tarjeta se mostraba una buena obra que la gente sabe hacer (sacramentos, limosnas, amor al prójimo, ir a la iglesia, etc.). Patricio me preguntó:

«¿Tú has hecho todo esto?»

«¡Claro que sí, todo esto he hecho!»

«Te felicito, Ana. Tú conoces a Dios. Déjame mostrarte lo que Dios piensa de ti.»

Me leyó de la Biblia: *«No hay justo, ni aún uno.»* Luego dibujó un círculo y escribió en ello *«pecador»*. Explicó:

«Esto somos todos nosotros para Dios.»

Ahí ya me callé. Al despedirnos Patricio me invitó a la congregación, pero yo le dije: *«Hasta ahí no más.»*, porque en realidad ya no quería saber nada más de todas estas cosas.

«POR FIN ME QUEBRANTÉ»

Cuenta Anita: Pero sin embargo seguía yo estudiando estos cursos, siempre orando en mi corazón *«Señor, guíame, quiero conocerte.»* Un día Alberto

trajo un video evangelístico titulado «¿Con quién te vas?». Cuando terminó este video por fin me quebranté y me rendí a Cristo. Ahora supe que existe un Dios vivo, que he conocido a Cristo. Abracé a mi esposo y sólo lloré.

Al día siguiente que yo había aceptado a Cristo fuimos a la librería para conversar con el hermano Patricio, el gringuito. Nos invitó a la congregación. Era el 14 de febrero del año 1998 cuando nos fuimos la primera vez a la congregación. Para nuestra sorpresa nos enteramos que los hermanos de la congregación habían orado por nosotros desde el día en que Alberto había entrado por primera vez a la librería Emaús. Desde entonces nunca dejamos de congregarnos en este lugar. Recibimos ahí un discipulado y mucha enseñanza y orientación bíblica. Luego también nos bautizamos en esta congregación y empezamos a servir al Señor trabajando en el ministerio con niños y jóvenes.

Cuenta Alberto: En ese día cuando Anita se quebrantó yo también me rendí a Cristo. Desde ese día empezó nuestra nueva vida en Cristo. Fue desde entonces que yo también empecé a estudiar los cursos bíblicos por correspondencia.

Siguiendo estudiando la Biblia, mi esposa algún día me dijo que siente un peso en su corazón:

«Estamos mal, Alberto. En una mano tenemos la Biblia y en la otra tenemos el mundo. No podemos seguir con nuestro negocio. Estamos vendiendo cigarrillos y alquilando videos pornográficos. Esto está mal.» Así que dejamos de vender cigarrillos y alquilar esta basura. Finalmente vendimos todo el negocio.

Después, buscando un nuevo trabajo, conocimos a un señor que me ofreció trabajo en un ministerio del gobierno. Pero para conseguir este trabajo, debía darle dinero. Ciegamente le di dinero, y más dinero. Cuando le había dado mucho dinero sin haber conseguido el trabajo ofrecido, me enteré con la ayuda del hermano Patricio que yo había caído en manos de un estafador. Además, en el año 1999 quebraron los bancos de Ecuador y en esto perdimos prácticamente todo el dinero que durante los años habíamos acumulado.

«DOY GRACIAS A DIOS»

Cuenta Alberto: Con préstamos empezamos luego de nuevo con una tienda en donde vendíamos víveres. Poco a poco el negocio empezó a florecer, pero sufrimos muchos robos. Nos robaron televisores, joyas y ropas. Prácticamente perdimos todo. En

vista de tanta pérdida decidimos mudarnos a un pueblo llamado Bello Horizonte a unos 30 km al norte de Quito donde años antes habíamos comprado un terreno y construido una sencilla casa. A pesar de la gran distancia, seguíamos congregándonos en nuestra iglesia en Quito.

En nuestro nuevo domicilio abrimos nuevamente una pequeña tienda de víveres, luego empezamos a hacer y vender panes en el pueblo. Pero la tienda tampoco funcionó bien porque vendimos las cosas a crédito a la gente que luego no nos pagaron. Actualmente tenemos un criadero de pollos con 5000 pollos. Con esto nos sustentamos.

Poco a poco hicimos contacto con los vecinos y empezamos a invitarles a nuestra casa. Les enseñamos a cantar y les compartimos el evangelio. En los siguientes años el grupo empezó a crecer tanto que nuestra casa ya no alcanzó para reunir a todas las personas. Así que arrendamos otro local donde hasta hoy nos reunimos para el partimiento del pan, la oración, el estudio bíblico y otras actividades como reunión de niños y jóvenes.

Cuenta Anita: Estoy muy agradecida por personas que Dios utilizó para llegar a mi vida, en primer lugar mi esposo y otros hermanos más. Incluso

los cursos bíblicos Emaús han sido una gran bendición para mí.

Cuenta Alberto: Doy gracias a Dios por todo lo que ha hecho en nuestras vidas, aunque no lo merecemos. Le agradezco por las personas y familias que en el transcurso de nuestro caminar nos han rodeado y ayudado en nuestra vida y ministerio.



**DE UN
HOMBRE,
QUE NO
SABÍA LEER**

*La historia de
Florencio*

TIEMPOS DE MUCHA POBREZA

Nací en el 1938 en *Las Flores de Copán*, una aldea en la montaña de Honduras, cerca de Copán Ruinas y la frontera con Guatemala. No me puedo acordar de mi madre, porque murió cuando yo tenía un año y medio. Así nosotros los hijos fuimos criados por nuestro padre. Era una época de mucha pobreza. En esa apartada región las pocas familias que vivían allá intentaban mantenerse del cultivo de maíz, frijoles y arroz. Algunos tenían cerdos o gallinas. Mi padre solía botar montañas para quemar árboles y sembrar maíz. Nosotros los muchachos teníamos que colaborar desde la edad de ocho años. También trabajamos en la agricultura, botando los montes con el azadón y trabajando en las fincas de las tierras altas. Así contribuíamos a la manutención de la familia.

Mi padre era un católico ferviente. Mi hermana y yo ya como niños aprendimos a orar el *Padruestro* y el *Avemaría* delante del *Corazón de Jesús* todas las noches. También solíamos dirigirnos en oración a *San Antonio*. Por estas oraciones confiaba que estaba más cerca de Dios, que tenía mejor comunión con él. Además, desde mi niñez ansiaba conocer al Señor Jesucristo. Pero pensaba

que fuese casi imposible, porque no lo veía físicamente.

La participación en la misa resultaba bastante laboriosa, ya que el único sacerdote en la región de Copán vivía a unos 30 kilómetros de nuestra casa. Donde vivíamos no había carros, así que teníamos que caminar a pie, para poder confesar. Eso significaba una caminata de un día para la ida y otro día para la vuelta. Las noches las pasábamos en las casas de algunos conocidos.

Yo tenía ocho años cuando por primera vez me confesé con el sacerdote católico. Dos años después mi padre hizo un voto para sí mismo y para la familia, el *Apostolado del sagrado corazón de Jesús*. Es decir que íbamos a confesar cada primer viernes del mes. Lo hacíamos nueve meses; al cabo de los nueve meses mi padre renovaba el voto y lo hacíamos otros nueve meses. El sacerdote nos había explicado que durante esa época todos los pecados fueron perdonados. Desde pequeños aprendimos: ¡Sólo el sacerdote perdona los pecados! De todo corazón creía yo en esas cosas.

Mi padre en su niñez había aprendido a leer y escribir en la escuela por lo menos por un año. Yo no tuve la posibilidad de asistir a la escuela por causa de nuestra pobreza. Así me crié, sin asistir a

la escuela ni tan siquiera un día. Cuando tenía 17 años mi padre me enseñó el abecedario en un viejo cartón. Me dijo que era importante para mi vida futura aprender el significado y la pronunciación de las letras.

UNA ESCAPADA Y UNA «FORTUNA» CORTA

A la edad de 18 años me separé de la casa de mi padre. No quería seguir viviendo aquella vida aburrida allá en la montaña. Así me despedí de mi vieja vida sin derramar lágrimas por ella. Tenía el corazón lleno de esperanza de conocer una vida mejor. De Copán me trasladé a la costa; había escuchado que quizá había trabajo en la región de Yoro⁵ y así fue: Encontré trabajo para ganarme la vida como jornalero en uno de los campos de maíz. En mi tiempo libre empecé a tocar la guitarra. Con los años llegué a obtener todo lo que había soñado: amigos, música, baile, juegos de azar, alcohol y mujeres. Mis amigos y yo cocinamos un montón de barriles de Guaro, que es un aguardiente de

5 Yoro: Municipalidad en el departamento de Yoro, Honduras, Centroamérica.

caña de azúcar. Uno no tiene que beber mucho del Guaro para emborracharse totalmente.

Pero la alegría sobre este nuevo estilo de vida fue corta. Un día – estaba sembrando maíz – me caí y me hice daño en el brazo con el machete: Me corté los nervios del brazo irreparablemente. Después de ese accidente no podía seguir tocando la guitarra. Mi pequeño universo se hundió. Me dije: «*Soy el hombre más arruinado del mundo.*» No podía ni ir al cielo por mi vida viciosa ni gozar de este mundo por la discapacidad del brazo.

«¡LOS PROTESTANTES SON DEL DIABLO!»

En esta situación – mientras tanto había cumplido 24 años de edad – me sentí cansado de vivir. Intenté refugiarme en la creencia de mi niñez, pero la fe católica no me dio descanso en mi alma. Por consecuencia empecé a rogar a Dios: «*Dios, ¿enséñame el camino para ser salvo!*». Me recordé de algunos familiares que había conocido algunos años antes, de los que decían despreciablemente que eran «protestantes». Ellos habían intentado explicarme el evangelio de Jesucristo: «*Sólo Cristo salva. Sólo Él es el camino a Dios.*» Antes me había enojado

con estas impertinencias, pues había aprendido de mi padre. «¡Los protestantes son del diablo!» Claro que ni mi padre ni yo sabíamos lo que creen los protestantes. Pero en nuestra región tenían muy mala fama y esto era suficiente. Cuando mis familiares notaban mi enojo me preguntaban:

«¿Por qué se enoja tanto?»

Aunque ya desde mucho tiempo no tenía nada que ver con la iglesia ni con la confesión, respondí con falsa convicción:

«¡Por mi fe católica doy hasta mi vida! ¿Usted se dejaría matar por su fe protestante?»

«Jesús dijo: ‘a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa;’» (Mt. 5:39-40)

«Esto es tontera.», dije yo.

PRIMEROS INTENTOS DE LEER...

Pues ahora habían pasado algunos años... En mi situación deprimente, alguien me dio un Nuevo Testamento católico. Me hubiera gustado leerlo – si hubiera sabido cómo. Superé mi pena y le pregunté a un compañero de trabajo como funcionaban las

letras y qué sentido tenían. De este modo aprendí primeramente a deletrear y finalmente a leer a la edad de 24 años.

Empecé en el evangelio de San Mateo. Mi pensamiento fue: *«No voy a creer ni a los protestantes ni a los católicos. Sólo voy a creer lo que dice el Señor Jesucristo y los Apóstoles.»* Me salté los primeros versos con todos los nombres difíciles y continué leyendo sobre la virgen María y el nacimiento de Jesús. Llevaba mucho tiempo hasta que llegué al capítulo donde se describe el bautismo de Jesús y después el Sermón del Monte. Leyendo el verso 39 del capítulo 5 me asusté, porque ahora había leído lo que mis parientes me habían dicho años atrás. Lo había etiquetado como «tontera protestante», pero ahora descubrí que verdaderamente eran las palabras de Jesús. Entonces sentí dolor en mi corazón por haber tratado al Señor Jesucristo de tonto. Me di cuenta que mis parientes me habían dicho la verdad. Desde este momento sentí simpatía por los «protestantes».

Como buen católico conocía hasta ese momento el bautismo, la eucaristía, el purgatorio, la confesión, la oración, la advocación mariana, la veneración de santos y el Padrenuestro. Tuve mucha curiosidad por leer acerca de estas cosas en el Nuevo Testamento, pero muchas de ellas no las encontré.

«CASI» CREYENTE

En aquel tiempo vivía cerca de El Progreso⁶. Uno de mis compañeros de trabajo era un cristiano «protestante». Él me hablaba de Jesús y de la fe. También me invitaba a los cultos de la iglesia donde él se congregaba. Un día nuevamente me invitó a escuchar un mensaje cristiano. Hasta ese momento nunca quería acompañarlo, pero ahora sentí cierta curiosidad, así que me fui con él. Cuando regresamos de la reunión mi compañero me preguntó:

«¿Usted cree, que aparte de la Biblia va a encontrar otro libro que le diga la verdad de Dios?»

«No, sólo la Biblia.»

«¿Usted cree, que aparte del Señor Jesucristo hay otro que salve su alma?»

«No. Yo creo en lo que dice la Biblia: Jesucristo es el único Redentor y Salvador.»

«Entonces usted casi es creyente. Pero el ‘casi’ no le vale. Todavía no ha aceptado a Jesucristo como su Salvador personal. Si usted muere esta noche será perdido eternamente.»

6 *El Progreso*: Ciudad en el Departamento de Yoro en el norte de Honduras.

Después de haberme dicho eso mi compañero se calló mientras yo pensaba en sus argumentos. Finalmente me dije sin decirlo a nadie:

«El sábado que viene voy a aceptar a Cristo.»

Cuando llegó el sábado anunciado otra vez fuimos al culto. Era el 1 de junio de 1963. Durante el mensaje todas mis dudas se evaporaron. Cuando estaba para terminarse el culto el predicador preguntó: «¿Quién quiere aceptar a Cristo?» Yo me levanté y dije: «Acepto al Señor Jesucristo.»

ALEGRÍA EN ABUNDANCIA Y PRIMERAS PRUEBAS

Lo maravilloso es que cuando yo acepté al Señor y me senté, dije en mi corazón: *«No importa que hoy me muera, porque hoy tengo a Cristo. Soy salvo.»* Sentí una alegría enorme. Las personas que estaban a mi lado en aquel momento vinieron y me dieron la mano y me felicitaron. Entonces dije yo: *«¡Qué lindo es estar en el pueblo de Dios!»*

El día siguiente viajé a pie a la aldea donde vivía, caminando por cuatro horas. Cuando llegué a mi casa, donde vivía mi señora (que no era mi esposa legalmente), la saludé. Ella me contestó:

«Buenos días. Dicen que aceptó a Cristo anoche.»

«¡Sí!»

«¿No tiene vergüenza de haber hecho eso? ¿De dejar la iglesia católica para creer en esa religión sucia?»

Para ella como católica era completamente malo lo que yo había hecho. Entonces ella preparó el almuerzo; ya sabía que los creyentes dan gracias para comer. Me sirvió la comida y me dijo: «¡Venga a hartarse!» Cuando yo junté mis manos y cerré mis ojos para dar gracias, ella me agarró del pelo y del puño y me botó al suelo. En ese momento yo propuse ahí en mi corazón: «Voy a sufrir con el Señor Jesucristo.» De nuevo me senté en mi silla y comí. Después me fui a un monte a orar, porque me sentía débil. El mismo día la mujer me dijo:

«¡Usted se va a confesar con el cura ese pecado que ha hecho! Y nos casamos y vamos a vivir como buenos católicos. Si no lo hace, lo voy a dejar.»

«No. No voy a confesar con el sacerdote, ya que he confesado mis pecados a Dios.»

En consecuencia, ella se separó de mí y yo quedé solo. Me volví a la casa de mi padre. Cuando llegué él me dijo que no era bueno que yo viviera en su casa. Dos veces me dijo: «No es bueno que usted esté conmigo, porque vos estás en esa religión mala.» Entonces me separé de él para vivir en otra

parte. Sólo de vez en cuando me fui a la casa suya para visitarlo. Algún tiempo después él vino a vivir en la casa mía. Entonces fue conmigo a los cultos a escuchar las predicaciones. A los 26 años de haberme convertido, y haber estado orando por él, me confesó que había aceptado a Cristo como su Salvador.

PRIMEROS SERVICIOS

Ocho meses después de mi conversión pedí el bautismo en mi iglesia y los hermanos me bautizaron. El mismo hermano que me había invitado a los cultos ahora me animó a hacer cultos en un lugar en la montaña. Juntos evangelizamos en el lugar repartiendo tratados. Así comencé un servicio al cual me dedico hasta hoy: Llamar la atención de la gente sobre nuestro Salvador Jesucristo por medio de la palabra hablada y escrita. Al principio los hermanos me ayudaron en gran manera. Me invitaban con otros a evangelizar y a repartir tratados por las casas en las montañas.

Pasaron cuatro años y en el 1967 me casé con una cristiana. Ella es una mujer cariñosa, que me acompaña hasta hoy. Dios nos dio siete hijos; todos están casados y todos son creyentes. Dios me

dio el ministerio de ser anciano en una iglesia en Matarras.

El 5 de agosto de 1989 fuimos encomendados a la obra del Señor por tiempo completo. Primeramente, nos concentramos en el sur del país de Honduras. Allí trabajamos entre las iglesias, evangelizamos, hicimos visitas casa por casa. Después nos ocupamos del occidente del país, predicando en conferencias, visitando a las iglesias y repartiendo literatura.

«MIS PIERNAS ESTÁN CANSADAS...»

Hoy en día trabajo en el norte del país y de lo más que me ocupo es de repartir literatura en los buses. Lo puedo hacer solamente en la ciudad, porque por causa de mis piernas ya no puedo caminar por los cerros. Mis piernas están cansadas, pero no me canso de dar gracias al Señor. Siempre es mi oración que nunca sea deshonrado el Señor por culpa mía. Él nos ha guardado, nos ha protegido y nunca nos ha faltado.

Hasta hoy he leído algunos libros más. Todavía me cuesta leer un libro, leo muy despacito, puesto que me falta la formación escolar. Sin embargo,

esto no me impide leer la Santa Palabra. Siempre recuerdo dos versículos de la Biblia y los quiero compartir con los lectores:

1 Pedro 2:9 «Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;» ¡Dios me llamó de las tinieblas a su luz! Yo era ciego y él me abrió el entendimiento a través de la Palabra.

Colosenses 1:12: «con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.» No me olvido de estos versículos a causa de que ahora conozco que Dios con estas palabras me abrió los ojos, cuando estaba cegado.



DE LUCHAS, LÁGRIMAS Y LIBROS

*La historia de
Jorge Luis*

Era Octubre de 1986 cuando vi por primera vez a Miriam, era la mujer que imaginaba para casarme y formar una familia.

SIN HOGAR

Tener un hogar era uno de mis anhelos, mis padres se habían divorciado cuando yo era un niño de diez años. A partir de ese momento, sin darme cuenta, mi vida comenzó a derivarse por caminos muy inciertos. Recuerdo el asedio de las maestras de la escuela primaria, me preguntaban sobre la tragedia vivida en mi casa, era un tema jugoso para preguntar y opinar.

En esas difíciles circunstancias llegó el momento de salir de mi casa para internarme en una beca junto con unos quinientos adolescentes. Tener que abandonar mi casa fue muy difícil, a pesar de las malas experiencias que había vivido allí, era mi casa y me gustaba estar junto a mi mamá, lamentablemente no era posible. Abandonar la beca sería ser un «rajado», poco hombre, y no quería parecer así delante de mis amigos. Resistir era la prioridad. Fue muy difícil adaptarme al baño colectivo, todos desnudos, sin ninguna privacidad, era una ofensa al pudor de cada cual. Sentarme en el inodoro a

la vista de cualquiera era demasiado vergonzoso, pero tenía que aprender a aparentar que no me daba vergüenza. Recuerdo las veces que encontraba un lugar solitario para llorar, sólo un momento, luego tenía que secarme las lágrimas y seguir con la prioridad, resistir y aparentar normalidad. Era una beca con estudiantes de toda calaña.

En medio de tantas dificultades podía refugiarme en mis habilidades para practicar artes marciales. Mi hermano mayor me había llevado a un colchón de Judo poco después de que mis padres se divorciaran. Cuando llegó el momento de la beca, ya tenía cinturón verde. Varias veces fui llevado a luchar en público, como un gladiador para entretener a los más viejos en la escuela. Era imposible no sentir odio y hasta deseos de asesinar. En varias ocasiones, junto con varios amigos, valoramos la posibilidad espantosa de matar a uno de los abusadores pero temíamos mucho a las consecuencias, teníamos que seguir resistiendo donde se vivía la ley del más fuerte.

La casa, quería estar en mi casa. Cada día traía nuevos sentimientos de encarcelamiento y desamparo. Así pasaron los tres primeros años de la beca. Luego fui al pre universitario, en ese entonces pertenecía al equipo municipal de Judo, lo cual me

permitía salir autorizado de la escuela para asistir a los entrenamientos tres veces por semana. Poco a poco las salidas para practicar deporte comenzaron a ser justificaciones para salir a probar la vida a mi manera, la anhelada libertad, la posibilidad de ser un adulto libre me llenaba de ilusiones y fantasías. No podía acostumbrarme a permanecer encerrado, comiendo en bandejas y durmiendo en literas. En la beca se podían hallar cualquier tipo de entretenimientos orgiásticos pero el mundo afuera me parecía mucho más atractivo, tenía más sabor a la vida.

BIOLOGÍA, FILOSOFÍA, ANATOMÍA ... ¿SABIDURÍA?

Ya tenía quince años, sentía una fuerte compulsión por ser un adulto que no depende de nadie, totalmente libre. Por lo menos ya fumaba cigarros populares, bebía de vez en cuando algunas cervezas, el ron no me gustaba pero había que beberlo para clasificar entre los más adelantados. Salir a hurtadillas de la beca, desafiando la guardia de los profesores, se convirtió en una excitante aventura para mí. Fugarme de la escuela para asistir a las fiestas en la calle se había convertido en una especie de

adicción compulsiva para mí. Nadie me controlaba, era libre como el viento, esto me hacía experimentar un sentimiento de realización muy agradable. Cada día era como una nueva oportunidad para la aventura.

Recuerdo que un día uno de mis tíos me puso el brazo por encima y me dijo: «*Jorge Luis, es más difícil saber vivir que vivir, hay que nadar pero tienes que aprender a guardar bien la ropa*». Su frase me sonaba ingeniosa, de alta sabiduría popular. Tomé su consejo con vehemencia, así lentamente fui desarrollándome en el arte de mentir y elucubrar, llegó a fascinarme. Saber vivir implicaba saber mentir, saber tomar al otro como un tonto. Era muy entretenido usar elucubraciones para dejar a los oyentes confundidos, sin saber qué pensar. Tenía que superarme en este arte y así comencé a leer libros con carácter científico. Recuerdo que era fácil comprar libros de la editorial «Mir». «Viaje por el mundo de las moléculas», «¿Por qué el carbono y no el silicio?», «Exobiología»⁷, y así muchos otros títulos muy interesantes que me servían para

7 *Exobiología*: Ciencia interdisciplinaria que explora la posibilidad del surgimiento y existencia de vida extraterrestre.

aprender datos curiosos y distinguirme en conversaciones especulativas con mis colegas.

Leer se convirtió en una fuente de aprendizaje importante para alimentar el orgullo. Con ansias de leer asuntos interesantes encontré en un periódico un escrito que me cautivó completamente. Hablaba de la historia de un hombre llamado Jesucristo. En la narración se argumentaba de su muerte y resurrección, el escritor exponía algunos datos interesantes sobre tan sorprendente hecho. Lleno de interés por investigar esa misteriosa historia y así hablar de ella a los demás y dejarlos boquiabiertos, me acerqué a un profesor de historia quien gozaba de mucho prestigio entre el claustro de profesores en la beca, era considerado un erudito, sabía varios idiomas y podía contestar cualquier pregunta. Cuando le conté lo que había leído con cierto aire de misterio, me dijo con mucha firmeza: *«No, hijo, eso es un mito, nada más, olvídalo, mejor estudia lo que tienes que estudiar»*. No había dudas, si él decía eso, no tenía sentido seguir averiguando sobre el asunto, aunque siempre confundí a algunos con juegos de argumentos, yo mismo no llegué a creer tal historia, el erudito profesor, con pocas palabras me había cortado el interés por investigar sobre el supuesto resucitado.

En el último año del pre universitario se abrió una llamativa puerta delante de mí: el estudio de la filosofía marxista leninista⁸. Recuerdo aquella crucial pregunta: ¿Cuál es el problema fundamental de la filosofía? La respuesta eran pocas palabras: ¿Qué es lo primario, el ser o el pensar? Para mí no era un problema, era muy claro que el pensar era el resultado de la materia altamente organizada, ¿Por qué llamarle problema fundamental? Pero así lo enfocaban. La evolución de Darwin⁹ sonaba a ley. Aunque me costaba mucho trabajo aprenderme los órdenes taxonómicos, sí que me llamaba mucho la atención, sobre todo era muy estimulante aprenderme el árbol genealógico de la evolución de las especies. Términos, conceptos y definiciones filosóficas eran muy importantes para calmar la sed de saber de dónde venimos, quienes somos y a dónde vamos. Discutir, especular, elucubrar, confundir, asombrar, era un medio para lograr distinguirme, era un arte muy rentable para un buen egocéntrico.

8 *Filosofía marxista leninista*: Ideología política oficial de la Unión Soviética.

9 *Charles Robert Darwin*: Científico británico (1809-1882) que contribuyó significativamente a la teoría de la evolución. Se trata de la descripción científica del origen de la especie como un proceso evolutivo que no está controlado por Dios.

Al terminar el pre universitario me enviaron a estudiar Higiene y Epidemiología a trescientos kilómetros de mi casa, otra época de separación de mi techo natal. Ya sumaban ocho años comiendo en bandejas y durmiendo en literas, suficiente tiempo para haber aprendido y experimentado todo tipo de extravíos. Afortunadamente continuaba con el afán de aprender, esta vez, asuntos relacionados con la microbiología, también era relajante ir a la biblioteca para leer sobre anatomía humana, fisiología, y otras especialidades que me cautivaban.

Ya con diez y ocho años comencé a trabajar como inspector de salud pública en el municipio donde estaba mi casa. Ganaba muy poco dinero pero era suficiente para sobrevivir. Compartía la oficina con un médico que me influyó mucho en el deseo de leer y aprender con fervor. Todos los días me sentía retado al conversar con él. Fue muy grato cuando me prestó un libro llamado: «El libro de los por qué». Conocer el mundo, la vida, las razones, era algo muy interesante para mí.

«¡LE ENSEÑARÉ A NUESTRO HIJO QUE NO HAY UN DIOS!»

Trabajando durante el día como inspector y estudiando idioma Inglés en las noches conocí a Miriam aquel Octubre de 1986. Una muchacha delgada, y cautivadora, su hablar delicado y dulce, muy atractiva. Ella venía de una familia muy disfuncional, estaba enferma. Padecía de fuertes depresiones como resultado de una vida traumática, pero su manera de expresarse y ver la vida, cerró mis ojos a los problemas, nos dedicamos largas horas a intercambiar experiencias, confesiones e ilusiones. Totalmente de acuerdo formalizamos nuestro noviazgo.

Miriam tenía un Dios, creía en un mundo espiritual pero sus creencias no impedían mi amor por ella, no era tan importante para mí, además, pensaba que muy pronto ella dejaría a un lado a su Dios. Al casarnos ella llevó a nuestra casa una Biblia que le había regalado su abuela. Coralia, una anciana blanca en canas, siempre hablaba de Dios y Jesucristo, temas que me sonaban a placebo y nada más. En una de nuestras frecuentes visitas a casa de Coralia coincidimos con un muchacho, hermano de la fe de Coralia. Esa era una maravillosa

oportunidad para mostrar mi destreza en temas interesantes como la cosmogénesis, evolución versus creación, etc. Con aire de duda arrogante le pregunté:

«Cuando ustedes dicen que Dios formó al hombre de la tierra, ¿lo dicen literalmente?»

«Bueno... sí, así lo creo, literalmente.»

Sólo moví mi cabeza mostrando una ligera sonrisa en mi cara, lo cual dejaba dicho lo que pensaba de tales ideas: una reverenda tontería.

Me dio mucha alegría cuando Miriam me dio la noticia de su primer embarazo, muy pronto nos pusimos a hacer planes para la llegada de nuestro primer hijo. Un día dije a Miriam: *«Quiero que sepas que no me opondré a que le enseñes a nuestro hijo que hay un Dios, pero yo le enseñaré que no lo hay, que él sea libre para escoger qué creer»*. Miriam no dijo nada.

Cuando nuestro primer hijo tenía cuatro años Miriam cayó en una fuerte depresión. Yo no sabía qué hacer para ayudarla, tanto deseaba que ella mejorara que acepté acompañarla a un espiritista, pensaba que si ella depositaba su fe en esa persona y sus magias, pues sí que podía ser un placebo y ayudarla. En ese entonces la fe de Miriam se orientaba en cualquier dirección espiritual, y a mí me daba lo

mismo siempre que resultara en un beneficio para ella, y en consecuencia para mí. No me hice esperar.

Un día muy temprano salimos a visitar un espiritista. Había prometido a Miriam que yo estaría observando detenidamente todo lo que sucedería, y si veía alguna traza de verdad en todo aquello, pues me dedicaría a estudiar y practicar la hechicería. No fue necesario dedicarme a estudiar y mucho menos practicar tales locuras, el día fue totalmente infructuoso. Exigí a Miriam que nunca más vendríamos a un lugar semejante, era necesario ir al médico, y así lo hicimos.

Lamentablemente Miriam no mejoraba ni yendo al médico. Una tarde llegó al portal de la casa un muchacho del barrio, refería que se estaba reuniendo en casa de un creyente con un grupo donde estudiaban la Biblia, cantaban y la pasaban bien. Miriam se animó a asistir, y eso para mí era un aliciente pues la religión siempre había llamado la atención a Miriam y como decían que allí se sienten muy bien las personas, pues no había dudas, ir y sedarse con los cantos y las historias pudieran tener efectos psicoterapeúticos. Estaba dispuesto a acompañarla a cambio de que asistiera a las terapias de grupo, pues eso era lo que significaban para mí esas reuniones.

Sólo pasaron unos días y fuimos juntos al «culto», así le decían. Yo me quedé en el portal de la casa mientras Miriam entró a participar de la reunión. Una de las veces, estaba sentado en la baranda del portal de la casa y al terminar la reunión uno de los creyentes, que al parecer era el predicador, se me acercó para cuestionar por qué yo no creía que había un Dios. Sus explicaciones me parecieron muy superficiales y poco convincentes. En ocasiones acompañar a Miriam me resultaba un sacrificio, pues siempre esperaba que viniera el predicador con frases indirectas y explicaciones aburridas.

Un día vino a la reunión un predicador de España, había muchas invitaciones y por supuesto, Miriam quería estar en esa reunión. Lamentablemente yo no la pude acompañar esa tarde, mi mamá fue con ella. Al llegar a casa me contaron que la reunión fue excelente. Miriam me llevó al cuarto y allí comenzó a llorar, con voz sollozante me decía que había tomado la decisión correcta, que lo había entendido todo. Yo no entendía nada, entonces mi comprensión de lo que estaba pasando se complicó más aun cuando ella, mirándome dijo: «*Me convertí*».

Por unos segundos me imaginé muchos posibles significados de esa frase, quizá quería decir

que se había declarado totalmente religiosa, o que se había convertido en algo parecido a algún tipo de monja, o que había hecho alguna promesa que yo no comprendía, en fin, lo que fuera, me daba igual, al fin y al cabo sería un placebo y nada más. De manera que con gusto la apoyaría siempre y cuando «su conversión» no afectara mi manera de pensar sobre la vida. Por ayudar a Miriam la acompañaría a sus sesiones de religión, seguramente ella tendría reuniones con los que se habían convertido en lo mismo que ella. Claro que por momentos me inquietaba cómo sería vivir de ahora en adelante con una persona que dice que se ha convertido.

Entre sollozos Miriam me dijo que un predicador la había ubicado en la realidad en que ella se encontraba, que la había hecho sentir una pecadora responsable de la muerte de Cristo, que se había enterado que ella no tenía que hacer nada, sólo recibir el perdón que Dios le ofrecía por medio de la muerte de Cristo, y que ella lo había hecho. Que se había sentido muy sucia delante de Dios, y que lloraba porque se había dado cuenta del amor de Dios para ella, que había hecho lo que tenía que haber hecho hacía mucho tiempo antes. Le puse el brazo por encima, le di un beso en su cabeza y dije algunas palabras para mostrar mi apoyo.

Al pasar los días aprendí que convertirse significaba creer en Cristo como el Salvador de los pecadores, era creer que él había muerto por los pecadores. Eso me sonaba a una quimera más elaborada, con más inteligencia y buena carga de coacción psicológica, o Cristo, o el infierno.

CAMPAÑA CONTRA LA INGENUIDAD

Miriam quería reunirse con los demás convertidos, como esperaba. Yo con gusto la acompañaba de vez en cuando. Siempre me había quedado en el portal de la casa donde se reunían y allí permanecía hasta que la reunión terminaba. Todos salían con alegría, y parecía que se llevaban bien, eso me gustaba.

Sabiendo que al frecuentar las reuniones para acompañar a Miriam, algunos se pensarían que yo también me convertiría, me dispuse a leer un libro que lamentablemente no recuerdo su título pero sí recuerdo que argumentaba fuertemente contra la Biblia. En este libro aprendí argumentos que parecían morteros contra esta muleta psicológica, pues para mí no era más que eso, una muleta psicológica para la depresión, o una historia bien inventada para consolar a los crédulos.

Una noche, acompañando a Miriam a sus reuniones decidí entrar a escuchar lo que estaban predicando. Me llamó la atención escuchar al predicador, quién con agradable elocuencia exponía un episodio de la historia bíblica. El predicador parecía muy seguro de lo que decía y se notaba que tenía mucho dominio de lo que estaba contando. Al terminar su exposición invitó a la audiencia a quedarse para tener un tiempo de preguntas y respuestas. Me sentí muy motivado a quedarme y hacer algunas preguntas al entusiasmado predicador. En aquel momento pensé: *«esta es una buena oportunidad para dejar demostrado que estos creyentes deben profundizar más en sus pensamientos, y no ser tan superficiales creyéndolo todo»*.

Con animosa actitud levanté la mano y comencé a hacer algunas preguntas capciosas, las cuales dejarían claro que por lo menos, yo era ocurrente, aunque mi intención estaba más orientada a dejar claro que ellos creían porque no pensaban bien.

Fue una sorpresa interesante para mí que el predicador nunca se admiró de mis preguntas, me llamó mucho la atención la respuesta sencilla y llana que dio a una de ellas: *«¿Qué piensa usted que hacía Dios antes de comenzar a crear el universo?, me imagino que ha de haber pasado muchos siglos*

de soledad y aburrimiento». Su respuesta fue sencillamente: «*No lo sé, la Biblia no da respuesta a su pregunta*». Luego me sentí un poco desequilibrado y hasta algo ridículo cuando agregó con una sonrisa algo pueril: «*Le prometo que cuando esté frente al Señor le preguntaré*»

Viendo que no podía callar al predicador, y que el público estaba mirando cómo alguien podía contestar mis capciosas preguntas, propuse al predicador: «*¿Cree usted que yo pudiera volver mañana con un libro en la mano y así formular mejor mis preguntas?*», «*¡Por supuesto!*», me contestó.

Al día siguiente, allí estaba yo, con mi libro en las manos. Era el libro que formulaba muchas preguntas con el propósito de desacreditar la Biblia como libro sagrado, refería muchas contradicciones encontradas en el texto bíblico, para mí era una dosis letal para el predicador y los que le acompañaban, era lo que llamaba «el mortero anti bíblico». Lo sentía por Miriam, pero cuando peor ella pensaría que su esposo era un hombre muy inteligente y duro de convencer.

El debate transcurrió como el día anterior, el dichoso predicador me contestaba todas las preguntas y por si fuera poco añadía muchas explicaciones a las que yo tenía que decir: «*no sé*».

Estos encuentros controversiales se repitieron muchas veces, ya casi teníamos un público que asistía sin falta para disfrutar de tales confrontaciones dialécticas en las que yo notaba que mis argumentos se debilitaban poco a poco delante de los espectadores, ya esto no me estaba gustando.

«UNA GRAN PUERTA SE ESTABA ABRIENDO DELANTE DE MÍ...»

Mi defensa del ateísmo comenzó a complicarse más cuando el predicador me trajo un libro que era específicamente un contraataque al libro que yo había llevado como caballo de Troya. Mientras leía su libro notaba como si mis argumentos fueran atados y expuestos a la pira de la honestidad. Como si todos se hubieran puesto de acuerdo para derribar mis murallas de resistencia a la fe en Cristo, comenzaron a hacerme llegar libros muy interesantes, eran libros con principios científicos que argumentaban sobre la existencia de un Creador, un Diseñador del Universo, la Causa de todas las causas. Era algo muy interesante, algo así como la otra cara de la moneda de los libros que hasta entonces había leído. Cada vez se hacía más cautivadora la

lectura, y comencé a sospechar que quizá yo había estado equivocado por todos estos años. La palabra «ateo» comenzó a sonarme diferente, ya no sentía alegría al autotitularme así.

Estudiar idiomas era uno de mis pasatiempos predilectos, ya había terminado la escuela de idiomas para trabajadores en el idioma Inglés. Los pastores de la iglesia, sabiendo mi pasión por los idiomas, me hicieron llegar un libro que afectó mucho mi vida: «Many Infallible Proofs» (Muchas pruebas indubitables) del autor Henry M. Morris. Mientras leía este libro pude notar cambios sustanciosos en mi manera de pensar sobre el Cristo histórico y comencé a concebir la posibilidad de la realidad del Cristo de la Biblia. Ya no quería leer libros de la editorial «Mir», sentía como que una gran puerta se estaba abriendo delante de mí y que debía entrar y descubrir un nuevo mundo, en verdad era un nuevo mundo.

Hubo otro pastor que me regaló otro precioso libro: «Evidencias que exigen un veredicto» de Josh McDowell. Este libro, como el anterior, lo leí palabra por palabra, examinándolo todo. Mientras todo este proceso ocurría en mi mundo interior y mientras me adelantaba a caminar por la puerta abierta delante de mí, Miriam sólo me

observaba, nunca insistía, luego supe que ella solamente oraba.

La idea de un Ser Supremo, inteligente, diseñador, y todopoderoso comenzó a ser muy normal para mí. Me daba un poco de vergüenza creer y explicar que nuestros ancestros habían sido los protozoos, luego una larga cadena evolutiva que funcionó porque sí, y aquí estamos. La naturaleza comenzó a lucirme como una muestra indiscutible de un Diseñador inteligente, no lo podía evitar, cada hoja de los árboles, cada nube, mis ojos, mis manos, la digestión, la reproducción, todo parecía gritar: ¡Dios es una realidad! ¡Dios es la Verdad, y yo no lo sabía!

La palabra «pecador» tomó una connotación muy diferente para mí. Antes de comenzar a visitar aquella casa, antes de oír aquel predicador, y antes de leer aquellos libros, la palabra pecador me sonaba a pillo, sagaz, malicioso, ocurrente y parrandero, en fin, me gustaba. Me parecía que al decir que era un «pecador» estaba diciendo «soy un poquito humilde, lo reconozco, soy un pillo, digno de ser investigado y te admirarás cuando sepas cómo soy», ¡Casi no soporto escribir esto! Ya me estaba sintiendo avergonzado de mí mismo.

Comencé a comprender que al decir «pecador» no es un pillo, sino un hombre muerto delante del

Diseñador, y por tanto condenado a alejarme cada vez más del Autor de la Vida. Comencé a comprender que ser un pecador es alejarse cada minuto un poco más del Creador, porque Dios es incompatible con el pecado. Comencé a ver con claridad la suciedad que había en mí, el orgullo comenzó a ser desplazado por la vergüenza.

DICCIONARIOS, ENCICLOPEDIAS Y EL LIBRO MÁS IMPORTANTE DEL MUNDO

Comencé a estudiar la Biblia, cada día me levantaba muy temprano y me iba a la cocina de mi casa a leer y estudiar las notas que tenía la Biblia, era una Reina Valera de 1995, con notas de estudio. Recuerdo que un día dije: *«tengo que orar, sí, tengo que orar»*, entonces oré así: *«Señor, yo creo que sí, que con mucha seguridad tú estás ahí, pero líbrame de decir que creo y no creer, a veces no me sale creer, hazme creer, y creer de verdad, amén»*

La Biblia comenzó a ser un libro necesario para mí, leía, buscaba en los diccionarios, investigaba en las enciclopedias, y así me hallé creyendo lo que leía. Mi mente se había cambiado. Más tarde comprendí lo que me había pasado, me había

convertido en lo mismo que Miriam, un pecador arrepentido, un hombre regenerado por la Gracia de Dios. Recuerdo cuán alegre se puso Miriam, y mi mamá cuando confesé públicamente que yo creía en Cristo como mi Redentor, todos en la casa donde nos reuníamos para escuchar la Biblia predicada y alabar al Señor se alegraron mucho. Aunque todavía me sentía con muchas dudas, tenía una alegría interna difícil de explicar, me sentía animado a seguir investigando, quería conocer más sobre la historia de Jesucristo.

Inmediatamente comenzó una nueva etapa en mi vida, mis amigos y compañeros de trabajo comenzaron a asediarme con preguntas. ¡Qué impresionante era para mí no comprender por qué no comprendían!, esto era una muestra muy evidente de que mi mente había sido cambiada. Sentía que tenía que prepararme mucho para ayudar a los que me rodeaban, sabía que ellos podrían creer también en Cristo si se les exponía correctamente el evangelio. Mi generación está profundamente afectada por el ateísmo, ser ateo se entiende como ser racional, inteligente, y peor aún, libre.

Ya han pasado veinte años, estoy muy feliz de haber sido rescatado del ateísmo y del pecado por su soberana gracia, me maravillo al analizar

el pasado y poder ver con claridad cómo Él fue guiando mi vida, paso a paso para traerme a Él, a quien pertenece absolutamente toda la gloria.



**DE UN
ESCÉPTI-
CO, QUE
APRENDE A
CONFIAR**

*La historia de
Omar*

AMBIENTE INFERNAL

Una señorita al ser abusada sexualmente resultó embarazada. Su madre buscó muchas formas para que abortara, pero ella luchó por conservar su embarazo y poder tener su hijo. Así es como el 2 de septiembre de 1959 en Tela¹⁰ nació ese niño a quien su madre nombró Héctor Omar Ortiz. Fui criado junto a mi abuela, a quien llamaba Mamá. Nací y crecí en total pobreza, jamás tuve algo, jamás disfruté de cumpleaños, ni juguetes, ni regalos, siempre andaba deseando lo que otros tenían.

Toda mi niñez fui a la escuela sin zapatos, nunca pude dormir sobre una cama durante toda mi niñez, mi cama era una sábana sobre el piso frío. Cada viernes mi tío me daba diez centavos, una Lempira¹¹ en navidad, otra en Semana Santa, y otra el 15 de septiembre¹². En casa, antes de ir a la escuela, madrugaba para ordeñar vacas, alimentar los cerdos, y traer agua del río. Por la tarde tenía que hacer otras tareas. Los fines de semana tenía que limpiar el potrero, cortar árboles y matorrales, cortar leña para el fuego y sembrar la tierra.

10 *Tela*: Ciudad en el departamento de Atlántida, Honduras, Centroamérica. Limita al norte con el mar Caribe.

11 *Lempira*: Moneda de Honduras.

12 *15 de septiembre (1821)*: Día de la Independencia en Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Siempre fui objeto de odio, rechazo, desprecio, burlas y maltratos por lo que vivía en una constante zozobra. Me comparaban con el hombre que me había engendrado, me apodaban con su apellido, y eso envenenó mi alma. El ambiente en casa era infernal, trágico, vivía con un tío alcohólico entre gritos, pleitos, e insultos. Una familia donde no éramos ni católicos ni cristianos, donde no había espacio para Dios.

En mi adolescencia, mientras caminaba por la orilla de un río, un vecino de mi abuela intentó asesinarme. Salió corriendo hacia mí con un machete en su mano, el cual había afilado unas horas antes. Venía con la intención de asesinarme. Nunca supe la razón por la que aquel hombre quería matarme. Cuando ya estaba muy cerca, se oyó la voz de un hombre que venía hacia nosotros, quien se dirigió al que me quería asesinar: «¡No le *hagas nada al muchacho!*» El vecino de mi abuela se detuvo, bajó el brazo que sostenía su machete y me dejó ir.

JOVEN VAGABUNDO

Cuando cumplí 13 años escapé a escondidas de la casa y llegué a Roatán, Islas de la Bahía¹³, buscando

13 *Roatán*: La isla de Roatán forma parte del archipiélago «Islas de la Bahía», está ubicada aprox. 65 km al norte de la costa hondureña.

trabajo. Allí dormía sobre una carreta, o en carros abandonados en un taller de coches. En ocasiones andaba con un tío, en cuya vida estaban resumidas todas las maldades inimaginables, sin embargo, no sé por qué él siempre me respetó y me prohibió experimentar vicios.

A los 17 años me embarqué en un barco de turistas. Cierta día en Puerto Rico fui a una librería y compré el libro *El hijo de la calle tenebrosa*, de Víctor Torres. Esa lectura impactó mi vida, pues hasta ese momento todo lo que leía a diario eran dos novelas de vaqueros.

A los 18 años regresé a Tela. Un día, Fidelina, una cristiana fiel, me regaló una Biblia. Como me gustaba leer, la devoraba leyéndola, pudiera decir que la leí casi toda. De esa manera comprendí el plan de salvación, me enteré de que era un pecador, que si moriría iría al infierno, que Cristo había muerto por amor a mí, y que para ser salvo debía recibirlo como mi Salvador.

Vivía una vida desenfadada, viernes, sábados y domingos amanecía en los salones de baile y en las calles de Tela. Por la lectura de la Biblia entendí: Necesito a Cristo como mi Salvador, pero mi vida tiene que cambiar. Ir a la iglesia por un lado y seguir yendo al salón de baile por otro lado, eso

no funciona. Así tomé una decisión: Mejor no soy cristiano.

El mismo año tuve la oportunidad de trabajar en un barco por un año. Luego tuve otra oportunidad para ir a México para trabajar nuevamente en un barco. Al llegar a la frontera de México busqué un lugar apartado de la gente y hablé al Dios que no conocía. Le pedí que me guardara y protegiera en ese viaje. Lo que me habían prometido en cuanto al trabajo resultó ser un engaño. Por las noches dormía en una gasolinera a orillas del muelle de Coatzacoalcos¹⁴, México. Pasado el tiempo decidí regresar. Cuando estaba en la terminal de buses preguntando por la hora de salida, un hombre en el momento exacto me llamó y me dijo que él iría hasta Tela. Este hombre me pagó todos los gastos hasta llegar a Tela. Al regresar a su trabajo en México lo asesinaron, y lo lanzaron en un hoyo en la misma gasolinera donde había dormido yo muchas veces.

A los 20 años encontré trabajo en la fábrica de cajas de la *Tela Railroad Company*. Para entonces tenía el corazón endurecido por la amargura

14 *Coatzacoalcos*: Ciudad en el sur de México, donde se encuentra uno de los puertos más importantes de la región.

y el odio, alimentaba pensamientos homicidas y disfrutaba la idea de asesinar al hombre que me había engendrado, solamente esperaba la oportunidad.

PREGUNTAS EXISTENCIALES

A los 21 años, en el mes de mayo de 1981, mientras iba a mi trabajo alguien me dijo que el hombre que me engendró había muerto por causa de una meningitis. Una hija de él llamada Martha me pidió que la acompañara al velorio. Al entrar y ver el ataúd, vino a mi mente una pregunta: *«Omar, si fueras tú el muerto, en lugar de este hombre, ¿dónde estaría tu alma ahora mismo?»* Por lo que había leído en la Biblia sabía que en el infierno. Al día siguiente llevaron el cuerpo al templo católico. El sacerdote tomó agua en sus manos y en forma de cruz la esparció sobre el cuerpo sin vida, diciendo: *«Luis Parson, por la orden con que soy investido, yo te absuelvo de tus pecados.»*

Le cité a Martha uno de los Salmos que había memorizado de la Biblia que me habían regalado, *«Ninguno de ellos pondrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate, porque*

la salvación de su alma es de gran precio y no se logrará jamás.»¹⁵

«Martha,» le dije, «Según la Biblia este hombre no puede perdonar pecados porque es un pecador como el muerto.» Martha respondió: «Entonces haré un rezo por 9 días.» Entonces le dije que quien dirigiría el rezo sería pecador como el sacerdote. Entonces me preguntó: «¿Qué podemos hacer?» A lo que respondí: «Por el muerto no podemos hacer nada, puesto que murió y está en el infierno. Pero sí podemos hacer algo por nosotros que estamos vivos, recibamos a Cristo como Salvador.»

El cadáver fue llevado al cementerio y mientras lo enterraban dijo el sepulturero, que por cierto estaba ebrio: «Que raro este entierro sin una Palabra de Dios, sin una oración, sin una promesa, sin una esperanza, como que están enterrando un perro.»

Mientras tanto en mi mente resonaban las palabras de un verso de la Biblia que había memorizado: «La palabra que he hablado, ella le juzgará.»¹⁶ Me llevé las manos a la cabeza y me pregunté: «¿Por qué he leído la Biblia? Ahora no tengo excusa delante Dios, estoy perdido.» Me culpaba delante de

15 Salmo 49:7.

16 Juan 12:48.

Dios. Tres días después regresé a la fábrica, a la 1:00 de la tarde y en un extremo del plantel, arrepentido de mis pecados, recibí a Cristo como mi Salvador, un viernes de mayo, de 1981. Ese mismo día fui a confesarlo a la *iglesia km 7* en Tela, era la que conocía. No creyeron que era real mi conversión, no hubo un himno alusivo, ni una oración, ni un consejo. Más bien aislaron a los jóvenes de mí, pensando que los iba a corromper. Pero yo estaba seguro de la liberación interna que había experimentado.

Esa noche lloré largas horas, casi toda la noche, la razón era que cuestionaba: *«¿Por qué no recibí a Cristo antes? Le habría hablado del amor de Dios a mi padre y quizá no habría ido al infierno.»*

CAMBIO TOTAL

Al siguiente día de convertirme, al llegar a la fábrica, llevé conmigo una botella con gasolina, saqué al patio toda la literatura de novelas y revistas y allí las quemé. Jamás volví a poner los pies en un salón de baile, me aparté radicalmente de todo acto inmoral y del equipo de fútbol de la fábrica.

Después de la muerte de mi padre el ambiente de crueldad en mi familia no cambió. Incluso mi tío, el hermano de mi padre, me culpabilizó de haber

asesinado a mi padre. Me fui a un monte para orar a Dios, que deseaba entregarme a Él, que me enseñara a amarle y a agradecerle. En ese entonces llegó a mis manos un libro devocional. De allí desperté en mi corazón el deseo por leer la Biblia, por orar, por congregarme con otros cristianos y por servir.

En esta vida nueva me congregaba los domingos, martes y viernes. Descubrí que en el centro de Tela había una iglesia similar, entonces iba en bicicleta los lunes, miércoles, jueves y sábados, así estaba en los cultos todas las noches de la semana.

Aunque ya había leído la Biblia no sabía mucho sobre capítulos y versículos. Sin embargo, la leí diariamente. Encontré el verso «No se ponga el sol sobre vuestro enojo»¹⁷, entonces vino a mi mente la enemistad que tenía con un compañero a quien debía pedir perdón y humillarme delante de él. Luché por varios días y no podía, salía derrotado al regresar del trabajo, hasta que por fin, al tercer día me acerqué a él. Pensó que yo quería pelear y se puso en posición de lucha, pero lo que hice fue pedirle perdón, y me humillé por todo el daño que le había causado, le confesé que ahora yo era cristiano, él decía muy asombrado: «¿Vos cristiano?», luego

17 Efesios 4:26.

añadió: *«Por mi parte todo queda olvidado»*, y me abrazó. También pedí perdón a un señor cuya hija molestaba mucho, este también se alegró mucho y me abrazó.

Éramos más de 100 trabajadores en la fábrica, a todos les dije que era cristiano, la mayoría no lo creía, y ellos tenían razón, pues yo había sido lo peor y más bajo que había entre ellos. Uno de ellos me dijo un día: *«Realmente tu vida es otra, eres diferente a todos nosotros, ¿cómo cambiaste, si tu vida era la peor?»*

Cierto día pedí tres días de permiso sin goce de salario. Al final en el balance salieron seis días de trabajo y como un buen pago equivalente a esto, saqué cuentas de lo que equivalía a tres días de trabajo, fui a la oficina del jefe y le recordé los tres días que no había trabajado, un poco nervioso le entregué el dinero. El jefe se reía y se ponía serio, entonces me dijo: *«Tome ese dinero, entrará una hora antes hasta que pague el equivalente de esos tres días, veinte y una horas.»* A partir de ese día el jefe me dejó trabajando horas extras, tampoco me pidió trabajar los domingos, de modo que yo podía ir a la iglesia. El jefe me decía: *«Usted ya terminó su tiempo de trabajar, ¡vaya y ore por mí!»*. Hasta el día de hoy, ese hombre siente respeto por mí.

PASOS EN EL DISCIPULADO

A los siete meses de haberme convertido me bauticé. Al año llegó una invitación para asistir a un discipulado en Comayagua¹⁸ por dos semanas dirigido por Stan Hanna y Roberto Shedden. Pedí permiso en la fábrica para asistir al discipulado.

El discipulado marcó mi vida para siempre, fue el inicio de todo. Lo que aprendí cómo evangelizar, las tres «R» (Ruina, Remedio, Responsabilidad) es aquel que encontré también estudiando la Biblia sobre eso. Es lo que practico hasta el día de hoy, sea con una persona, o con un gran auditorio, sea por minutos el diálogo o por horas o días en el púlpito. He visto convertirse al Señor tanto individuos como multitudes, y permanecen. El Espíritu Santo usa la palabra de Dios para convertir y salvar almas.

Al terminar el discipulado regresé al trabajo, alquilaba un pequeño apartamento de solteros y lo primero que descubrí fue que para ser discípulo debía tener un horario disciplinado.

Entonces hice un horario para todo mi tiempo:

18 *Ciudad de Comayagua*: capital del Departamento de Comayagua, Honduras.

4:30 am	Oración
5:00-6:00 am	Devocional y estudio bíblico
6:00-7:00 am	Aseo personal, desayuno e ir a la fábrica
7:00-3:00 pm	En la fábrica a) Almorzar cada día con un compañero diferente y evangelizarlo b) Cada quince días repartir tratados
3:00-5:00 pm	Llegar al apartamento, descanso, alistarme y cenar
5:00-6:45 pm	Evangelismo personal de lunes a viernes Por cuatro años evangelizamos toda Tela, barrios y colonias y diez aldeas alrededor de la <i>iglesia en km 7</i> .
7:00-8:00 pm	Culto
8:30-9:30 pm	Llegar al apartamento, devocional y oración

Compré un despertador y lo puse a las 4:30 de la mañana y puse en él un pensamiento: «*Rehúsa ser esclavo de lo fácil.*» Sonó el despertador a las 4:30, me puse en rodillas en oración y desperté a las 6:00 porque me dormí. Así estuve luchando una semana

entera hasta que logré estar despierto antes que sonara el despertador.

Evangelicé también a los familiares de mis compañeros de trabajo, vivían en Tela y otros a diez kilómetros de Tela y vi a algunos de esos compañeros y familiares convertirse al Señor. Un día surgió una enfermedad: hematuria, orinaba sangre, fui internado en el hospital de la empresa en La Lima¹⁹. En muchas ocasiones hasta por quince días me hicieron todo tipo de análisis y jamás encontraron la causa del sangramiento. Todas las tardes y noches predicaba en las salas a mis compañeros enfermos, hablaba fuerte para que me escucharan en dos salas y también evangelizaba personalmente. Cada día cuando las dos horas de visita terminaban y se iban los visitantes, se me acercaba una enfermera del hospital y me consolaba de esta manera: «*Eres un desgraciado, nadie te visita.*»

Cuando se agravó mi enfermedad, viajé solo al Hospital Escuela Tegucigalpa, allí fui ingresado, entonces me visitó don Roberto Shedden, y Stan Hanna con su esposa. Doña Juanita lloraba porque pensaba que si algún día me casaba no podría engendrar hijos. Me pusieron una sonda y me lavaron

19 *La Lima*: Ciudad en el Departamento de Cortés, Honduras.

la vejiga. Oraba ante el dolor: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece»²⁰. Al salir del hospital viajé directo al discipulado que don Stan Hanna comenzaría en el campamento Elím por cinco semanas, la estadía fue terrible. Al terminar ese discipulado don Stan invitó a cuatro jóvenes para discipularlos por seis meses en su casa allí en Tegucigalpa: Nolvía Salinas, Lesly Castillo, Escolástico Euceda (Colaco) y Omar Ortiz.

Hablé con los ancianos, no se opusieron, pero tampoco lo aprobaron. Dejaron a mi opción la decisión. Dijeron que si iba estaba bien, y que si me quedaba estaba bien. También me dijeron que la asamblea no se hacía responsable de mis fracasos en esa decisión, me preguntaron de qué iba a vivir pasados esos seis meses, pues yo no tenía ninguna profesión, y no sabía ningún oficio, también me recordaron que el brazo del hombre jamás es fiel.

Oré al Señor y Él me respondió con versículos de la Biblia: «Si perezco que perezca»²¹, y «He aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación»²², entonces me pregunté: «¿Omar, estarías contento en que cada lunes no llegue

20 Filipenses 4:13.

21 Ester 4:16.

22 Filipenses 4:11.

el cheque de pago a tus manos? ¿Catorceavos, aguinaldo y vacaciones? ¡Magnífico!»

Luego un pensamiento me ayudó: Todo hombre decide una vez en su vida si se lanza arriesgándolo todo, o se sienta a contemplar el espacio de los triunfadores. Luego otro pensamiento: El futuro pertenece a aquel que traza sus objetivos en aquello que no puede lograr con meras fuerzas humanas.

Después hablé con don Stan, estas fueron sus palabras: *«Hermano, yo lo invito a venir a mi casa para un discipulado por seis meses. Después de terminar el programa no me responsabilizo con nada en cuanto a la situación suya, no le prometo nada, no espere nada de mí.»*

Después fui al gerente de la fábrica, entré en su oficina y le pregunté si me concedía un permiso por seis meses, me dijo que le hiciera una carta, la hice y esta fue su respuesta: *«No puedo dar permiso a un buen empleado como vos.»* Él fue un buen jefe conmigo, me había tratado muy bien. Le di las gracias y le dije que trabajaría hasta el treinta y uno de diciembre de ese año.

Perdí prestaciones, perdí el derecho a una casa que la empresa estaba construyendo para sus empleados, y perdí el derecho a un buen hospital. Me fue difícil abandonar la fábrica. No tenía ninguna

profesión, ni sabía ningún oficio, solamente había cursado la primaria, no quería volver a los barcos, ni andar de un lugar a otro.

Estuve los seis meses con don Stan, le agradezco al Señor por ello. Una vez me envió con Escolástico (Colaco) en misión a Olancho²³. Mientras caminábamos en las montañas pensé en una esposa. En ese momento oraba al Señor por ella, pero luego quedaba pensando: ¿y si esa mujer me resulta incrédula, mundana, rebelde, desinteresada en la obra del Señor? Me propuse orar por una esposa, pero con esa actitud le decía al Señor: «*Dame una esposa, pero cuidado te equivoques.*» Esa mañana en aquella montaña, bajo una llovizna, oré al Señor por primera vez de la siguiente manera: «*Señor, dame la persona que a ti te agrada, con la que juntos hemos de glorificar tu nombre.*» El Señor respondió en el instante, trajo a mi mente la imagen del rostro de Lesly. Cruzamos Olancho llegando al campamento Elim (Trujillo), vi allí a la que sería mi esposa y sin hablarle de nada, regresamos a la casa de don Stan, al discipulado.

Esperé a que se terminara el programa del discipulado, no quería distraerme ni distraerla a ella,

23 *Olancho*: Departamento de Honduras.

además debía respetar la casa de don Stan, tampoco había ido al discipulado para buscar una esposa, había arriesgado demasiado para haber ido solamente por una novia. Una semana antes que terminara el discipulado, hablé con Lesly, temblaba, no tengo alma de poeta, no sé decir versos, pero rompí la barrera y hablé con ella, le dije: *«¿Quieres casarte conmigo? No tengo nada que ofrecerle, no tengo ni donde caer muerto, soy asmático, ni pienso volver a la fábrica. Lo único que tengo es un Dios grande, es todo con lo que cuento, sé que Él nunca me va a abandonar.»* Lesly me respondió que debíamos orar al Señor, oramos por una semana y me dijo que sí, que estaba dispuesta a casarse conmigo. Si hubiéramos tenido dinero nos hubiéramos casado al siguiente mes.

PASO A PASO A LA OBRA

Ella regresó a Tela y yo me fui a las montañas de Olancho, nos comunicábamos por carta, a veces cruzaba a nado un enorme y caudaloso río para ir al correo municipal y no había carta de Lesly. De nuestro noviazgo no tengo nada de qué avergonzarme, lo ocupamos para poner las bases de lo que sería nuestro futuro matrimonio. Ella se

comprometió a no estorbar mi ministerio con su vestuario y conducta, no incurrir en deudas, tener dos hijos y servir al Señor.

Nos casamos a los veinte y nueve años, sólo disponía de trescientas Lempiras, nos regalaron el traje de Lesly, mi traje, los anillos, las tarjetas y el refrigerador. No hubo luna de miel, no había un lugar a donde salir.

A la semana nos trasladamos a Juticalpa, Olancho, para servir al Señor. Trabajábamos evangelizando, también reuníamos muchos niños. Debido a mis fuertes crisis de asma, solamente estuvimos allí por siete meses. Tuvimos que regresar a Tela.

En total necesidad nació nuestro primer hijo, Jaasiel, después nació Elimelec. Vendí la bicicleta para sacar del hospital a Lesly y a nuestro niño. A los treinta años fuimos encomendados a la Obra del Señor a tiempo completo por la iglesia en Tela, es decir que la iglesia nos apoyaba económicamente, para que nosotros pudiéramos enfocar la obra de compartir con la gente el Buen Mensaje.

Dos años después nos trasladamos a Trujillo, Colón. Lesly trabajaba con las hermanas visitando y en reuniones en las iglesias cercanas. Desde

Trujillo alcanzamos la zona garífuna²⁴ del municipio Iriona, Colón, Punta Piedra. Evangelizamos las demás aldeas de los alrededores. Desde Punta Piedra se hicieron los primeros viajes a la Mosquitia²⁵, caminábamos 14 horas por playa, luego en canoas por ríos y lagunas. Fue difícil el trabajo en Punta Piedra por el camino y el tipo de transporte, hubo veces que tardábamos tres días para llegar, durmiendo en el camino, cruzando pantanos, caminando por la playa para llegar a la aldea. Al tiempo se construyó una sala de reunión y se estableció una iglesia.

Después nos trasladamos a Nicaragua para vivir y evangelizar en varias regiones como Estelí, León y Masaya.

Un día escuché el coro *Hombres de valor* que dice: «¿Quién irá abriendo caminos a ese niño que está solo y sin hogar, esperando que alguien lo ame?» Vino a mi mente un niño misquito, hablé con Lesly y así surgió el llamado para ir a la Mosquitia.

Viajé en boleta, bote de carga por tres días y tres noches en alta mar, fui solo y así comenzó un

24 *Garífuna*: grupo étnico, que vive en Honduras, Belice, Guatemala, Nicaragua y Estados Unidos.

25 *Mosquitia*: Zona de selva que está ubicada mayormente en la costa este de Nicaragua, pero también en el noreste de Honduras.

trabajo de evangelismo diario de 8:30 am a 11:30 am, desde 2:00 pm hasta 6:00 pm, todos los días por tres semanas. Luego regresaba a Tela y un mes después hacía otro viaje por otras tres semanas. Estuve dos años para ver el primer convertido. Con el tiempo se estableció la iglesia en Puerto Lempira, La Mosquitia.

Actualmente me he retirado del trabajo pionero, me ocupo de impartir enseñanza bíblica a ciertas iglesias, mi único propósito es esparcir la gloria de Dios.

UNO DE ENTRE 570 MILLONES...



Desde las Islas Canarias hasta las Filipinas, desde Alaska hasta Tierra de Fuego – más de quinientos millones de personas hablan español. Tú eres una de ellas. Nos alegramos que este libro haya llegado a tus manos, ya sea que seas Beatriz de Barcelona, Mauricio de Medellín, Teresa de Temuco o Sergio de San Pedro Sula. Gracias por haber leído este libro hasta el final.

Aún siendo tan diferentes las biografías contadas en este libro, sin embargo, tienen algo en común: En un determinado punto de su vida tuvieron un encuentro con Dios. Se toparon con Dios sin poder esquivarlo. Ese acontecimiento cambió todo. Estas personas aprendieron cosas notables sobre Dios:

Walter se dio cuenta que Dios veía lo que había detrás de la fachada de su vida. A Él no se le puede engañar. En su luz las esquinas más oscuras quedaban iluminadas. Cuando dejó atrás la hipocresía y comenzó una vida genuina con Jesucristo, entonces experimentó alegría y paz.

Alberto y Anita notaron que una vida con Cristo va mucho más allá de la rutina del trabajo, las diversiones y las relaciones infelices. Su puerta está siempre abierta; el que entra por ella tiene que dejar atrás muchas cosas – para finalmente obtener una ganancia increíble.

Florencio reconoció que en el formalismo piadoso y en las liturgias muertas se halla muy poco de Dios. Después de haber probado muchas cosas prometedoras que al final fueron una decepción, Dios por fin le halló. Dios le había buscado durante mucho tiempo y con una perseverancia que él mismo no hubiese creído posible.

Jorge Luis comprendió que los más complicados libros científicos lo único que hacían era suscitar más preguntas en vez de contestarlas. Reconoció que una mente llena de datos impresionantes no podía traer paz a su corazón. Empezó la lucha con la Biblia, pero al fin quedó derrotado por esta antigua Palabra. Jesucristo le trajo orden en sus pensamientos y paz a su corazón.

Omar se dio cuenta que el amor verdadero es algo muy poco común entre los humanos. Ni siquiera hallamos cariño incondicional entre aquellos que son nuestros más allegados. El encuentro con Dios es el que le trajo la paz tan anhelada e hizo posible la reconciliación en sus relaciones que llevaban mucho tiempo rotas, aparentemente sin remedio.

¿Y tú? ¿Qué piensas de Dios? ¿Has tenido alguna vez un encuentro con Él? Quizá hayas oído de Él en la iglesia más de una vez – pero tomando la

decisión de querer vivir y poder arreglártelas muy bien sin Él. Quizá tuviste una abuela que oraba por sus nietos – pero se puso en medio la vida y decidiste que Dios aún tenía que esperar. A lo mejor has tenido alguna vez una Biblia en tus manos – pero pensaste que era preferible y más agradable pasar la tarde viendo una buena película.

Quizá hasta el momento has tenido pocos motivos para reflexionar sobre Dios, pero te gustaría saber quién es en realidad. ¿Por qué hay tantos que creen en Él? ¿Por qué hay tantos que sufren toda clase de oposición por su fe en Él? ¿Merece la pena? ¿Qué hay de especial en Jesús? ¿Por qué celebramos la Navidad, la semana santa y otras fiestas que tienen que ver con el hombre de Nazaret que vivió hace dos mil años? ¿Por qué es la Biblia un libro tan peculiar, que aún sigue siendo el libro más difundido en el mundo?

Con este libro queremos invitarte a no esquivar el encuentro con Dios. Tú eres uno de los 7790 millones de personas sobre este planeta, alomejor eres uno de los 5800 millones de personas de pelo negro sobre esta tierra y seguramente eres uno de los 570 millones de hispanohablantes en todo el mundo – pero para Dios tú no eres uno entre miles de millones, ni uno entre un millón, ni siquiera uno entre

unos pocos. Para Dios se trata de cada uno personalmente. Él se interesa precisamente por ti. Para ti precisamente Jesucristo murió en la cruz, para poder ofrecerte perdón de los pecados. Tú precisamente estás invitado a arreglar tu vida con Dios y aceptar su paz. ¿Qué harás?

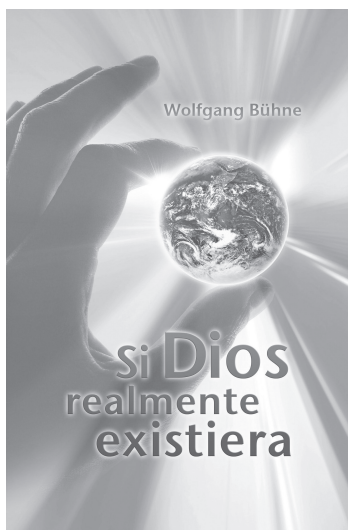
Michael Böhne



Jesús nuestro destino

«Jesús, nuestro destino» – ese era el tema general escogido por el pastor Wilhelm Busch en toda su predicación. Con entusiasmo y gran alegría fue pastor de jóvenes en el centro de Alemania y también un apasionado e incansable predicador del evangelio en muchos lugares. Miles de personas acudían a escuchar sus mensajes. Su convicción era que el evangelio de Jesucristo era el mensaje más importante y extraordinario de todos los tiempos. ¿Deseas escuchar este mensaje? Con este libro podrás oír de nuevo su voz y conocerás un nuevo enfoque sobre las cuestiones vitales de la vida. En estos mensajes selectos no faltan los ejemplos amenos e historias vividas por el mismo W. Busch, siempre con el fin de darnos a conocer a Jesús, nuestro destino, de quien depende todo.

ISBN: 978-3-86699-168-2 | 112 páginas



Si Dios realmente existiera

¿Cual sería para usted la mayor desgracia? ¿Un cáncer?
¿Un desastre financiero? ¿La pérdida del puesto de trabajo?
¿Tener que pasar el resto de la vida en una silla de ruedas?
¿El descenso del Real Madrid a segunda división? ¿Cuál
sería para usted la mayour desgracia? El hijo de un editor
célebre tuvo que responder a esta pregunta recientemente
en una revista de gran tirada. Su respuesta fue inesperada,
breve y desconcertante: «¡Que Dios realmente existiera!»
Pero, ¿sería eso una desgracia tan grande? Pensar en la
realidad de Dios ¿por fuerza tiene que provocar solo cons-
ternación? O ¿significa la realidad de la existencia de Dios
que hay respuestas claras, razonables y liberadoras para
los interrogantes más profundos de nuestra vida?

ISBN: 978-3-86699-292-4 | 80 páginas

William MacDonald

¡Buena pregunta!



¡Buena pregunta!

En esta vida nada sucede por casualidad. Todo está planificado. Este libro no está en sus manos por casualidad. Contiene verdades, las cuales, si las acepta, pueden cambiar todo el rumbo de su vida. Y no solo esto, sino también le dirá cómo podrá disfrutar del perdón de sus pecados, la paz con Dios y la certidumbre de un hogar en el cielo cuando esta vida termine. Las siguientes páginas responden a preguntas que pueden haber pasado por su mente. Ciertamente contesta preguntas que todos deben hacerse. Dedique un poco de tiempo para leer este libro cuidadosamente. La última respuesta es la clave.

ISBN: 978-3-89397-579-2 | 64 páginas

